

Retos para el nuevo pontificado



Acometer este tema puede parecer un atrevimiento pretencioso. Lo sería, si quisiéramos sentar cátedra y decirle al Papa lo que tiene que hacer. No es ése nuestro propósito ni siquiera a nivel implícito. Sólo pretendemos ejercer la comunión y participación que nos constituye en Iglesia. El Papa ejerce su ministerio recibiendo el sentir de los fieles. No entendemos rectamente nuestro ser Iglesia, si nos consideramos como ovejas gregarias y aquiescentes cuya única actividad es la de acoger directrices y seguirlas. Todos los cristianos somos condiscípulos de Jesús y enviados al mundo, y desde nuestra experiencia de fe y de testimonio tenemos que enriquecernos mutuamente. A partir de esta circulación de ideas y sen-

timientos, pueden los presbíteros, los obispos y el Papa ejercer su ministerio. Si falta ese humor, el ministerio de los que coordinan operaría en el vacío y carecería del peso que tienen las palabras de los que oyen mucho antes de hablar. Éste fue, por ejemplo, el caso de monseñor Romero y por eso en una situación tan delicada, empleando hasta una hora en glosar los acontecimientos semanales, nunca pudieron acusarlo de falsedad, y por eso también sus interpretaciones recibieron tanto consenso. Es verdad que las informaciones las pasaba siempre por la prolongada oración nocturna, como lo hacía Jesús. Estaba, como decía monseñor Angelleli, con uno ojo y un oído puesto en Dios y otro en el pueblo.



Es obvio que tiene que ocupar sus funciones dentro de la institución eclesial; y en ese campo tiene mucho que hacer para reformar por fin la curia, que fue el mandato, hasta hoy incumplido, del Concilio.

Eso esperamos también de Benedicto XVI. Él ahora ha recibido una misión muy distinta de la que tuvo hasta ahora. Hasta hoy su experiencia y por tanto su visión fue muy eurocéntrica e intrainstitucional. Ahora le toca animar a una comunidad cristiana de la que Europa es una minoría en retroceso, y en esa tarea de estimular la vida cristiana, lo doctrinal, que no puede faltar, es sin embargo secundario respecto de alimentar la caridad esperanzada. Por eso tenemos confianza en que se abrirá a las nuevas dimensiones de su apostolado desde los retos que plantea la situación y el estado de la comunidad cristiana. A partir, por supuesto, de sus rasgos cristianos básicos.

Desde esta perspectiva diremos los retos que sentimos como imposterables, con el ánimo de que los lectores se pongan en movimiento para elaborar los suyos y entre todos podamos esclarecer más el panorama.

Testimoniar creíblemente el amor gratuito de Dios

La Iglesia es Tradición. El único poder trascendente que hay en la Iglesia es el de transmitir de una generación a otra la presencia del Crucificado resucitado. La prestancia que da trasuntar el Espíritu de Jesús es lo único que hace creíble el testimonio. Claro está que el testimonio es el don que está ofrecido y la misión encomendada a cada cristiano. No está garantizado que cada Papa sea testigo fehaciente de Jesús de Nazaret. De hecho algunos papas no lo han sido en absoluto y bastantes, de un modo mediocre. Todas las épocas necesitan de este testimonio para humanizarse, es decir para vivir la fraternidad de las hijas e hijos de Dios. Nuestra época lo necesita perentoriamente. Ella no va a creer por la mera presentación de una doctrina ortodoxa sino porque los cristianos mantengamos con nuestra sociedad una relación equivalente a la que mantuvo con la suya Jesús de Nazaret. Eso es lo único que animará al mundo a seguir el camino de Jesús.

En esta época de mundialización sí es bastante decisivo que quien representa a la Iglesia católica universal, quien ha recibido el encargo de confirmar la

fe de los discípulos y de predicar el evangelio a toda la creación, resplandezca ante el mundo como un verdadero discípulo de manera que sea para todos dechado de la grey. No puede ser que aparezca como un hombre del aparato, como el secretario general del partido, como el funcionario mayor de la institución. Es obvio que tiene que ocupar sus funciones dentro de la institución eclesial; y en ese campo tiene mucho que hacer para reformar por fin la curia, que fue el mandato, hasta hoy incumplido, del Concilio. Lo que quiero decir es que eso ha de aparecer tanto para sí mismo como para los demás, como secundario, es decir como lo que no puede faltar, pero que viene en segundo lugar. Lo primero es ser cristiano, seguidor de Jesús, un ser plenamente humano según su paradigma. Y esta humanidad ha de ser la de un hermano y un amigo. Lo que debe dar el talante del Papa es su condición de pastor, su cercanía personal a cada persona y situación. Una cercanía no mediada por los intereses de su institución sino buscando el bien de cada persona.

Tiene que presentarse como verdadero hijo de Dios, como una persona fundada sólo en él y por eso con una confianza y una paz imperturbables. Al descansar en la gratuidad de Dios, al vivir de fe, tiene que desechar el miedo. Para Jesús de Nazaret lo opuesto a la fe no es la increencia sino dejarse llevar por el miedo. Si nada podrá separarnos del amor de Dios, podemos caminar en la libertad constructiva de los hijos e hijas de Dios. La ley de Cristo es la fe que obra por el amor.

En esta época de presiones casi intolerables, poseída por el síndrome de la seguridad, una época desesperanzada en la que se nos dice que no cabe más utopía que el *carpe diem* ("aprovecha la ocasión") los cristianos y el mundo esperamos que el Papa nos presente con sus palabras y gestos y con su misma presencia, motivos para vivir y razones para esperar. Y por encima de todo, que en este mundo de cálculos e intereses egoístas nos haga transparente algo de la infinita bondad de Dios. Que en este mundo corporativizado en el que las macroinstituciones instrumentalizan a los seres humanos para sus fines, nos

Lo que debe dar el talante del Papa es su condición de pastor, su cercanía personal a cada persona y situación.

Una cercanía no mediada por los intereses de su institución sino buscando el bien de cada persona.

Si el totalitarismo de mercado es lo que da el tono a esta figura histórica, el reto del nuevo papado es el de ayudar a construir sujetos humanos auténticos, autónomos, pero no autárquicos, sino responsables.

haga comprender que el que vive de Dios es un ser gratuito que no busca su propio engrandecimiento en el engrandecimiento de la institución que representa sino el servicio humilde a cada ser humano, especialmente a los empobrecidos y excluidos y también a los que por buscar sólo su interés no han sentido nunca un gesto gratuito.

Al vivir como verdadero hijo del Dios de Jesucristo, todos lo tienen que percibir impregnado de su misericordia, de su capacidad de acogida y perdón, como el que va a buscar a cada uno adonde lo ha llevado su extravío o adonde lo retiene su pobreza. Tiene que presentarse también como el que planta el horizonte del Reino, de la fraternidad de las hijas e hijos de Dios. Esto hoy implica una universalidad real que sólo puede alcanzarse con la inclusión de los oprimidos y excluidos y con la formación de un mundo policéntrico que acja las riquezas de cada pueblo como tesoro para la humanidad. Al expresar en cada circunstancia lo que esto implica en concreto, tiene que manifestar la incompatibilidad de la entrega al Dios de Jesús con la aceptación de la dirección dominante de esta figura histórica que entroniza la producción y el consumo como un fetiche al que sacrifica la vida de los pobres y la humanidad de los empobrecedores.

Oponerse frontalmente al totalitarismo de mercado y estimular como alternativa la constitución de sujetos humanos

Esperamos que el Papa comprenda que el problema no es el secularismo sino la idolatría y más en concreto el fetichismo. La teología latinoamericana y antes su novelística¹ viene insistiendo que el totalitarismo de mercado (no el mercado en sí) opera como un fetiche al que sus sacerdotes sacrifican la humanidad de unos (de ellos mismos y sus empleados y usufructuadores) y la vida de las mayorías sobreexplotadas o excluidas. Esperamos que continúe la línea del Papa anterior que denunció todo esto muy en concreto, con palabras inequívocas y repetidamente. Esperamos que comprenda que la decadencia ética del occidente (su pavorosa insen-

sibilidad y su entrega al hedonismo) es consecuencia de su entrega a la voluntad de poder por vía de la supremacía económica, a cuyo servicio coloca la política y la propaganda. Esperamos, pues, que no critique sólo los efectos sino la causa que los provoca.

El tono del tiempo no lo da el agnosticismo y la mesura kantiana sino los fundamentalismos, tanto los económicos como los políticos, los étnicos y los religiosos, que mediatizan a las personas y les impiden ser sujetos libres y responsables. La compulsión al consumo inducida por la propaganda y para ello la necesidad de entregarse a hacerse competitivo y producir, no dejan resquicio para la soledad, el silencio, la apertura filial a Dios, la contemplación y preservación de la naturaleza, la compañía gratuita, la responsabilidad social y ciudadana y la entrega a causas solidarias.

En esta situación la Iglesia Católica no puede ser una instancia más que mediatice a la persona obligándola a encuadrarse sino una comunidad fraterna que estimule la libertad liberada, la atención al movimiento del Espíritu más adentro que lo íntimo de cada quien y en los procesos de la historia, para seguir su impulso e ir conquistando así la autenticidad personal. Sólo sujetos reintegrados, núcleos densos, pueden resistir la compulsión del totalitarismo de mercado; sólo quien sabe lo que es ser verdadero sujeto humano sabe que es mal negocio ganar el mundo entero a costa de entregar el alma, de venderla, de abdicar del propio señorío. Sólo también el verdadero sujeto sabe vivir humanamente en la pobreza y desde esa posición vital de dignidad y libertad será capaz de luchar por superarla mediante la capacitación, la emulación y el esfuerzo solidario para cambiar las condiciones de trabajo y ejercicio político.

Si el totalitarismo de mercado es lo que da el tono a esta figura histórica, el reto del nuevo papado es el de ayudar a construir sujetos humanos auténticos, autónomos, pero no autárquicos, sino responsables. Responsables ante el Dios de Jesús, seres que viven en su presencia, que saben que Dios es el tú por antonomasia, que hablan libremente con él, que en definitiva se rinden siempre a su voluntad, porque saben que es el

En esta época de presiones casi intolerables, poseída por el síndrome de la seguridad, una época desesperanzada en la que se nos dice que no cabe más utopía que el *carpe diem* ("aprovecha la ocasión") los cristianos y el mundo esperamos que el Papa nos presente con sus palabras y gestos y con su misma presencia, motivos para vivir y razones para esperar.

El Papa ha de ser ante todo un verdadero sujeto humano, no, repetimos, un hombre del aparato. Sólo un Papa así está a la altura del reto de la hora, puede conectar con los anhelos de vida digna y humana de quienes se sienten íntimamente violentados por el sistema imperante...

mejor bien para ellos. Responsables también ante sus hermanos y de la creación, seres que viven abiertos a los demás, que no se confinan en su mundo, que se abren a sus contemporáneos, que se hacen cargo de los empobrecidos y excluidos, que se aproximan a ellos para acompañarlos y ayudarlos y también para recibir sus dones.

El Papa ha de ser ante todo un verdadero sujeto humano, no, repetimos, un hombre del aparato. Sólo un Papa así está a la altura del reto de la hora, puede conectar con los anhelos de vida digna y humana de quienes se sienten íntimamente violentados por el sistema imperante; sólo desde esa autenticidad personal puede ofrecerles el evangelio de Jesús como una alternativa superadora. Jesús se encontró con una masa inorgánica porque estaban sobrecargados (en su caso sobre todo por los impuestos) y desesperanzados (porque los líderes se servían de ellos en vez de ayudarlos a crecer), y con su palabra, con sus hechos liberadores y sobre todo con su presencia constante los ayudó a ponerse en pie y a movilizarse. Los llevó a pensar con su cabeza, les dio que pensar, los puso en condiciones de elegirse y de elegir, liberó su libertad para que fueran verdaderos sujetos humanos, y entonces, para que lo fueran plenamente, los invitó a seguirlo hacia el Reino, hacia el mundo fraterno de las hijas e hijos de Dios. Liberar la libertad para la constitución de verdaderos sujetos humanos es la tarea básica de la hora.

Esto significa que la entrega a la compulsión del mercado, tanto a producir competitivamente como a consumir, no se vence por el rigorismo moral, por la insistencia en el cumplimiento de la ley exhaustivamente objetivada. Ésa no es alternativa superadora. Primero porque muy pocos están dispuestos a la heteronomía (sólo los fundamentalistas) y segundo porque los que la acepten no alcanzan la libertad de las hijas e hijos de Dios. La presión del mercado es tal que la gente no tolera más presiones. O cree desquitarse haciendo lo que le dé la gana, que en realidad significa dejarse seducir por las ofertas del mercado, o se le ayuda a liberar su libertad para que adquiera señorío de sí y lo emplee en lo que merece la pena, en lo que humani-

za, en la entrega concreta a construir el mundo fraterno de las hijas e hijos de Dios. Ése es el camino de los seguidores de Jesús de Nazaret.

Posibilitar que junto a la iglesia occidental se desarrollen otras iglesias hermanas, como contribución a un mundo plural

La abrumadora mayoría de los seres humanos pertenecen al tercer mundo, a él pertenece también la mayoría de los católicos y sobre todo la dinámica va hacia que los europeos y estadounidenses sean cada vez más minoritarios. Por eso muchos deseaban que el nuevo papa hubiera sido alguien del tercer mundo. No lo es. El nuevo Papa es europeo y no tiene experiencia ni conocimiento, así sea somero, del tercer mundo. Él debe estar consciente de esa desventaja, casi de ese impedimento. Por eso esperamos con confianza que la conciencia de ser lazo de unión de todas las Iglesias lo llevará a abrirse al ancho mundo, a superar el eurocentrismo, y a contribuir a que la Iglesia católica deje de ser una institución occidental y tome la figura, verdaderamente católica, de comunión de Iglesias culturalmente diversas. El paradigma de la dirección dominante de esta figura histórica es el de Babel. El de la homogeneización impuesta y empobrecedora. No podemos negar que este paradigma se ha impuesto también en la Iglesia. El concilio Vaticano II abrió la Iglesia al paradigma de Pentecostés, que no es el de la coexistencia de los diversos sino de su comunión fraterna y el de expresar las maravillas que Dios obró en Jesús en diversas lenguas, culturas, ritos, modelos organizativos y de santidad, tradiciones. Pues bien el nuevo Papa debe contribuir a que la institución eclesial y la Iglesia entera deseche el modelo de Babel, en el que actualmente se encuentra, y asuma el de Pentecostés.

Porque hay que reconocer que la doctrina cristiana, el derecho canónico, la liturgia y el modo de tramitarse todo es aún netamente europeo. Es explicable por el peso que el occidente ha tenido en la historia del cristianismo. Pero no es ya aceptable. Y menos aún, la sacralización de esa particularidad. Es



El nuevo Papa es europeo y no tiene experiencia ni conocimiento, así sea somero, del tercer mundo. Él debe estar consciente de esa desventaja, casi de ese impedimento. Por eso esperamos con confianza que la conciencia de ser lazo de unión de todas las Iglesias lo llevará a abrirse al ancho mundo, a superar el eurocentrismo, y a contribuir a que la Iglesia católica deje de ser una institución occidental y tome la figura, verdaderamente católica, de comunión de Iglesias culturalmente diversas.

una inercia culpable por la arrogancia que manifiesta, que equivale a resistir al Espíritu Santo. Es como lo que pasaba con los que obligaban a los cristianos venidos del paganismo a guardar la ley mosaica. Obligar a los no occidentales a occidentalizarse es poner cargas indebidas. Para mencionar un solo caso, recordemos la expansión del cristianismo chino. Cuando, tras siglo y medio empezaba a florecer y madurar, la Santa Sede lo obligó a que dejara de ser chino y se hiciera occidental. Con gran prudencia el emperador juzgó que Dios quería más que los chinos siguieran siendo chinos a que por cristianizarse dejaran de serlo. Y se perdió China para el cristianismo.

El cristianismo occidental, aun reconociendo sus innegables aportes, es incapaz por sí solo de expresar las riquezas del evangelio. Se necesitan todas las culturas y toda la historia para que se llegue a descubrir lo muchísimo aún inédito del camino de Jesús. Quien más saldría ganando con el surgimiento de otros modos de ser cristiano sería el cristianismo occidental, que hoy languidece y se ve incapaz de evangelizar a su cultura, en parte por la infidelidad que entraña el haber impedido que se exprese en otras culturas. En este tiempo el catolicismo aparece objetivamente en la misma línea del totalitarismo de mercado que impone despóticamente el modelo occidental a todo el mundo. Hoy el Espíritu que todo lo renueva le ofrece la oportunidad de dar lugar a los diversos pueblos para que cada cual aporte las riquezas que posee para el crecimiento de todos. Esperamos que el nuevo Papa comprenda esta novedad y se abra a ella con la confianza que da saber que es el mismo Espíritu el que conduce a las diversas Iglesias.

Estamos convencidos de que la constitución de un cristianismo indio o chino o africano subsahariano no va a resultar nada fácil. Como actualmente se les ha obligado a occidentalizarse, es explicable que por reacción vayan en la dirección opuesta de sacralizar su propia cultura y especialmente lo religioso de ella. Creo que todos tenemos que reconocer lo delicado de este proceso, que sólo puede ser guiado por una vivencia verdaderamente radical del Dios de Je-

sús, por el empeño totalizador de seguir a Jesús y por una obediencia muy fina al impulso del Espíritu. Creo que sería muy preciosa la ayuda fraterna tanto de teólogos como de pastores occidentales y entre ellos es claro que el Papa tiene un puesto indiscutible. Pero esta ayuda no puede darse sino en un ambiente de verdadera libertad cristiana que empieza por el reconocimiento mutuo como hermanos en la fe (no como padres e hijos), sigue por tratar de salvar la proposición del prójimo y más aún la intención, y prosigue con propuestas de aclaraciones y de elaboraciones crecientemente matizadas, y no con condenas que corten el proceso u obliguen a realizarlo, como ahora sucede, clandestinamente. Conviene recordar que los Padres de la Iglesia llegaron a caer en lo que hoy podemos decir herejías materiales y no raramente en errores y sobre todo en omisiones de aspectos relevantes. Y sin embargo les estamos muy agradecidos porque descubrieron y expresaron admirablemente otros aspectos muy esenciales. Ninguna cultura ni época puede contener y expresar todas las riquezas inexhaustibles de la revelación de Dios en Cristo. Por tanto, con tal de que el misterio no se desfigure, debemos atender sobre todo a lo que se pone de relieve, a lo que se revela y más aún a lo que les inspira para vivir en seguimiento de Jesús a esas Iglesias no occidentales.

Inculturación desde los pobres con espíritu

En esta apertura católica hay un aspecto que no puede pasarse por alto. Esta inculturación, que es parte del proceso de encarnación del evangelio en todos los pueblos, no puede ser sino kenótica, es decir, por abajo. Son los pobres con Espíritu quienes deben llevarla a cabo, no los sabios y entendidos. Éstos pueden colaborar únicamente, si aceptan su posición subordinada. No acabamos de creer que Dios ha escondido los misterios del Reino a los sabios y entendidos (en el contexto significa a los maestros de la ley) y los ha revelado a la gente sencilla. No terminamos de aceptar que el evangelio de Jesús es para los pobres, que ellos son dichosos porque de ellos es el Reino.

